

## IV

## Fausto.

La Opera no es un teatro de la música como se cree generalmente. Es un salon de las gentes de la alta sociedad, sobre todo de los de una categoría privilegiada, que llevan el nombre de abonados, para los cuales el célebre arquitecto Garnier, con un refuerzo de muchos millones, ha edificado un colosal policromo que los simples mortales tienen el derecho de contemplar.

Esto ya es un favor.

La Opera es, pues, un salon. Se habla en él, en él se hacen visitas de un palco á otro; los abonados van á charlar con las bailarinas ó miran con sus gemelos á las señoras del anfiteatro. El público paga una fuerte subvención á los directores, subvención que guardan en su bolsillo, y la música sirve de pretexto á las visitas, á las galanterías del foyer, al baile y á la subvención.

En cuanto á variarla, ¿para qué, puesto que nadie la escucha?

Así es que ponen por turno, cinco ó seis óperas, siempre las mismas.

Desfilan en parada ante el público estas ópe-

ras como un regimiento que no tuviese más que seis soldados.

Los extranjeros se burlan de nosotros y se rien á mandíbula batiente.

Esto es grotesco, pero es económico.

Aquel día se ponía *Fausto*. Le tocaba el turno á la célebre obra de Gounod.

En uno de los primeros palcos de la izquierda entraron unas abonadas, haciendo oír el frufú de las colas de sus trajes al arrastrarse sobre la alfombra, en el momento en que se levantaba el telon para dar principio el segundo acto.

Dos señoras, elegantemente vestidas, se colocaron delante, acompañadas de dos caballeros, que cortesmente se situaron detrás.

Una de las señoras vestía un maravilloso traje de encaje negro muy desecotado y llevaba los brazos desnudos.

Sus cabellos oscuros, cayendo en rizos sobre la frente, á los cuales se entrelazaba caprichosamente un collar de perlas, cuyo valor no bajaría de cien mil francos, parecían ligeramente empolvados.

Llevaba en las orejas solitarios de un precio considerable, viejos diamantes de familia que habían pertenecido á sus abuelas y que brillaban como estrellas.

Hubo un movimiento en la orquesta y en los palcos.

Se la miraba con esa persistente atención que intenta poner un nombre sobre una fisonomía casi olvidada.

Y pronto en las filas de la orquesta y detrás de los abanicos de los palcos, circuló uno.

—¡La señorita de Roye!

Ella era, en efecto, resplandeciente y hermosa.

La condesa de Fresneuse, su amiga, estaba á su lado.

Germana volvía despues de diez y ocho años de ausencia, y su vuelta excitaba una curiosidad de las más vivas.

La marquesa de Bresse, desde su palco, que estaba enfrente del de Germana, la dirigía saludos de amistad, que, aunque falta de sinceridad no dejaba de ser afectuosa é insinuante.

El general de Treville, muy achacoso, estaba detrás de su sobrina, y de cuando en cuando se inclinaba hacia su silla para hacerla notar la presencia en el salon de alguno de sus antiguos conocimientos.

—¿La señora de Cernay ha cedido su palco?— preguntó de pronto la condesa de Fresneuse á su marido, volviéndose hacia atrás.

—¿Por qué?

—¿Quiénes son esas señoras que lo ocupan?

—No las conozco.

—¿Y vos?—dijo la condesa al general.

—Yo, querida mia, no conozco á nadie ya.

—¿Dos figuras ideales!—afirmó la condesa de Fresneuse.—¡Mira Germana!

La señorita de Roye se habia anticipado al aviso.

Primero á simple vista, y despues con sus gemelos, examinaba con atencion el palco vecino al de la bella Laurencia, en la barandilla del cual se apoyaban dos jóvenes que producian, á juzgar por las cabezas que hacia ellas estaban vueltas, gran sensacion.

Vestian con mucha sencillez; pero al mismo tiempo con verdadera elegancia.

Llevaban trajes color crema de simple cachemir, discretamente abiertos, formando ángulo en el pecho, con una nube de tul sobre el cuerpo.

Parecian poco más ó ménos de la misma edad.

La una era morena, la otra rubia.

Su estatura era casi igual. La morena tenia un indisputable encanto. Ofrecia á la admiracion de los abonados á la orquesta, un color mate y unos ojos de extrema vivacidad; el perfil de un rostro casi sin defectos y ese no sé qué, atractivo indefinible, que hace á la mujer deseable.

Debía tener admirables formas, á juzgar por el cuello, los brazos y lo que se veía de su bastante bien desarrollado pecho.

Ella sola hubiera justificado el interés con que se fijaban tantos gemelos en el palco de la señora de Cernay.

No era, sin embargo, ella quien los atraía, haciéndoles olvidar las Vénus del baile, que en aquel momento lucian su habilidad en el wals de la *Kermesse*.

Era su compañera quien los atraía.

Imposible soñar un prodigio de gracia que le fuese comparable.

Los gemelos de nacar de color rosa, rodeados de brillantes, de Germana, no podian separarse de ella.

Era una joven, casi una niña, rubia, con grandes ojos azules, cabellos color ceniza y facciones de una extrema delicadeza.

Producia en el salon el efecto de esos soberbios diamantes que arrojan tales luces, que sin querer, dirige uno su mirada sin cesar hacia ellos.

La llegada de la señorita de Roye habia cautivado un momento la atencion de los espectadores; pero esta especie de desercion duró poco.

Todas las miradas se trasladaron hacia aquella luminosa aparicion, atraidas por un encanto irresistible.

De cuando en cuando se inclinaba hacia la morena cabeza de su vecina, tal vez su hermana, para comunicarla sus impresiones, pero no reía.

Su encantador rostro tenia cierto aire de triste melancolia.

Sin embargo, ¿qué le faltaba?

Parecia rica.

Detrás de aquellas jóvenes tan encantadoras, que entre todas aquellas celebridades parisienas, aquellas privilegiadas de la fortuna, aquellas herederas de la nobleza ó de la alta banca, no se las podia oponer rival, una señora muy

anciana, pero de una fisonomía dulce y bondadosa, estaba en una actitud soñolienta, indiferente á los esplendores del espectáculo, que por el contrario parecía interesar vivamente á las dos señoritas.

Evidentemente la anciana señora, su abuela tal vez, habia ido por complacerlas á ellas.

Era, sin duda, un gusto que queria darlas.

—¿De modo que tú no conoces á esas señoras?

—preguntó de nuevo Germana á su amiga.

—¿Cuáles?—dijo la otra, distraida.

—A las del palco Cernay.

—No—contestó la condesa.

La señorita de Roye bajó sus gemelos.

La *kermesse* concluía.

La orquesta desapareció como por encanto.

La puerta del palco de la condesa de Fresneuse se abrió.

La marquesa de Bresse, deslumbradora por su toilette de diamantes, entró como un torbellino.

—¡Por fin—dijo, estrechando la mano á su antigua amiga—te tenemos aquí! ¡Y no nos previenes! ¡Eso es una traicion!... ¿Cómo estás?

—A las mil maravillas.

—¿Y vos, general?—repuso la bella Laurencia, dirigiéndose al marqués de Treville.

—Así... así...

—No os quejeis, estais muy bueno... ¿Sabeis cómo os llaman?

—¿Cómo?

—El ángel de la abnegacion. ¡Renunciar á Paris durante tantos años... desterraros... correr el mundo!... ¡Sois un mártir, general!

—Nada de eso. Era muy feliz, os lo aseguro.

—¡Sabrás que causas admiracion!—dijo la bella Laurencia volviéndose hácia su amiga. La viudez te embellece. Estás irresistible.

—No soy viuda, y no me creo embellecida—dijo Germana.

Y cambió de conversacion.

—¿Conoces á las señoritas de enfrente?

—¿Aquellas de traje claro de allí enfrente?

—Sí, las de cerca de tu palco.

—No las he visto jamás.

—¿Y á la señora que las acompaña?

—Lo mismo que á ellas.

—¿Qué hermosa es esa rubia!

—De cerca lo es cien veces más. Si tiene un buen dote, lo cual es probable, no la faltarán pretendientes.

—¿Y si no le tiene?—objetó con bastante malicia la señorita de Roye.

La bella Laurencia eludió la pregunta.

—¿Has visto á tu marido?—preguntó á Germana.

—¡Oh... mi marido!—dijo amargamente Germana.

—¿Cómo diré?... ¡Al señor de Beaulieu, si así lo prefieres!

—No.

—Le verás. Su butaca está vacía. Es extraño que ya no esté en ella; pero vendrá.

—¿Por qué?

—Aunque no fuera más que por curiosidad como todo el mundo.

Las palabras de Laurencia no carecian de hiel.

Entre las dos amigas no estallaba la hostilidad, pero existía.

Estaban arma al brazo, dispuestas á luchar cuando la ocasion llegara.

Felizmente se levantó el telon y apareció un admirable jardin.

La escena se habia trasformado en un *parterre* de rosas de carton, de follage de zinc y de cesped tegido con lana polvorienta.

El general dormitaba como la señora anciana del palco Cernay.

La bella Laurencia habia vuelto á su puesto y recibia visitas de negros trajes y blancas corbatas.

Su marido la abandonaba á los amigos para ir al circulo, y ella usaba de su libertad.

El conde de Fresneuse y su mujer, hablaban entre sí, y Germana se absorbía de nuevo en la

contemplacion de aquella cabeza tan hermosa y tan angelical, que ejercia sobre ella una invencible atraccion.

Hubo un movimiento en la tercera fila de la orquesta.

Un abonado tardío, iba á buscar su sitio hacia el medio del salon, cambiando con algunos de sus vecinos una amistosa inclinacion de cabeza.

Un convulsivo estremecimiento se apoderó de Germana.

Su corazon se contrajo violentamente.

Quien acababa de entrar, era el vizconde Roberto de Beaulieu.

¡Pero cuán cambiado estaba!

¡Qué diferencia habia, en efecto, en su estado actual con aquel brillante oficial de otros tiempos, con el vigoroso cazador de los Essarts, á quien ella habia amado!

Porque no podia negarlo. Su corazon le habia pertenecido por completo.

Las lagrimas acudieron á sus ojos, lágrimas de cólera contra los acontecimientos, de compasion y de despecho tambien.

No eran sólo las heridas las que le habian trasformado. Heridas que provienen de la bala de un soldado sobre el campo de batalla, ó de la espada de un adversario en un duelo, no destruyen hasta ese extremo. No trasforman á un hombre, joven aun, en un anciano pensativo y encorvado hacia la tumba.

Debia haber en el fondo de aquella alma, más enferma sin duda que el cuerpo, más profundamente herida, un sufrimiento desconocido.

El vizconde, antes de sentarse, se volvió lentamente hacia el salon, y con una sola mirada abarcó el semicírculo formado por los palcos.

Germana le vió cambiar de pronto de color—de descolorido que estaba, se puso lívido—y dejarse caer en la butaca.

Bajo la influencia de la apasionada melodia, que en aquel momento ejecutaba la orquesta, el alma de Germana se enterneció; un pasado de

felicidad perdida se presentó de nuevo á su imaginacion.

¡Habia soñado amor y felicidad y los veinte años que acababan de trascurrir no habian sido más que una serie de disgustos y de decepciones? Se apiadó de Roberto al verle tan abatido. ¡El era tambien victima de la suerte, que se encarnizaba en ambos!

Pero se acordaba con qué gesto la habia alejado. ¡Cómo habia cumplido el juramento de revelarla todos sus pensamientos! ¡En lugar de correr á ella y arrancarla aquellas dificiles declaraciones que su pudor violentado y su orgullo retenian en sus labios, en lugar de luchar, en una palabra, por su felicidad, la rechazaba y la repudiaba, como si ella no hubiera merecido un esfuerzo!

¡Despues de todo, tanto peor!

Y la hermosa figura del palco de Cernay volvió á apoderarse de sus pensamientos.

La atraia.

¡Al admirarla se decia que tal vez su hija fuese así, tan graciosa, tan bella! ¡Y aquella cabeza se grabó poco á poco en su recuerdo como la encarnacion de su deseo!

¡Si, así es como ella hubiera querido volverla á encontrar!

Con aquella angelical figura era como ella la habia visto en sueños.

Germana hubiera deseado hablarla, y por una especie de alucinacion, le parecia que por su parte aquella joven la contemplaba con ojos llenos de ternura, implorando su apoyo.

El acto iba á concluir cuando el palco Cernay se abrió, y un *gentleman* muy correcto, se presentó detras de la anciana, quien pareció acogerle sin interés.

En aquel *gentleman* hubiera reconocido el interno, sin trabajo alguno, á su vecino del pasaje de los Principes.

Era, en efecto, Urbano Salvador.

Se inclinó ante la señora anciana, y la dijo

sin duda algun cumplido, porque ella se sonrió encogiéndose ligeramente de hombros.

Las dos jóvenes, á pesar del placer que parecia que encontraban en el espectáculo, se volvieron hacia el recién venido dirigiéndole un amistoso saludo.

Cuando la morena volvió á tomar su primera posicion, sus facciones expresaban visible contrariedad.

La rubia permanecia impasible.

La contrariedad de la otra se acentuó cuando en el momento en que Margarita, bañada por un rayo de luna, abria su ventana para llamar á su amado; el *gentleman* se inclinó detrás de ella y la dijo algunas palabras en voz baja.

Bosquejó un gesto de aburrimiento, y por el movimiento de sus labios se hubiera podido adivinar que respondia:

—¡Como gustéis!

Pero con una indiferencia, ó más bien, con un aburrimiento, que no presagiaba nada bueno.

Cayó el telón.

La joven morena se levantó, llevando á la rubia por la mano, y salió del palco.

Urbano Salvador la ofreció el brazo, sonriendo al mismo tiempo á la señora, quien pareció conceder su permiso y quedó sola en el palco.

Germana dijo algunas palabras al conde de Fresneuse, que salió con ella á dar una vuelta por el *foyer*.

Germana tenia su idea al llevar allí á su amigo.

El general quedó frente á frente de la condesa.

—Germana parece muy agitada,—dijo esta.

—¡Pobré muchacha!—murmuró el general.

En el pasillo, Urbano Salvador decia en voz baja á la morena del palco Cernay.

—He querido hablaros por última vez, Colette. ¿Permanecereis inflexible?

—Sí.

—¿Entonces rompemos las hostilidades?

—Como os plazca.

—Vos sabéis que os amo con ardor.

—No podré creéroslo.

—¿Por qué?

—Me parece que el amor se expresa con menos osadía y que es un poco más respetuoso.

—Yo no tengo sinó mucha pasión.

—No es eso bastante para agradarme.

—Cuidado; Juana podría oiros.

—Juana es mi hermana; no tenemos secretos la una para la otra.

—¿De modo que ella sabe?...

—Todo; pero también sabe guardar un secreto.

La hermosa rubia marchaba á dos pasos detrás del Brasileño y de Colette.

—Escuchad—repuso la joven con más seriedad:—yo no quiero, no puedo heriros. Debemos tanto reconocimiento á esa buena señora Chambly, que ese reconocimiento recae un poco sobre vos, que sois su sobrino; pero, en verdad, me haceis sufrir mucho con vuestra persecucion. No amaré nunca más que al hombre que me dé todo su corazón. Yo no podría pretender elevarme hasta vos. No soy nada y no puedo decir lo que el porvenir nos reserva, puesto que no poseemos más que la amistad de vuestra tía, que puede faltarnos de un momento á otro. El día que esto suceda ¿qué será de nosotras? Pensamos con frecuencia en esto, os lo aseguro. Entonces nos será preciso trabajar para vivir. Yo me resignaré sin trabajo; pero al menos dejadme el único consuelo que tai vez nos quede: una conciencia tranquila.

Urbano Salvador se inclinó á su oído y la repitió:

—¡Os amo!

Ella sonrió tristemente y suspiró.

Después hizo un esfuerzo y recuperó su tono jovial.

—Decid lo que gustéis—le dijo—mis oídos están abiertos y mi corazón cerrado.

—No conocéis la vida. Más tarde, pronto tal vez, apreciareis en cuanto vale mi amistad.

—¡Estais pavoroso!

—No, puesto que entonces os repetiré lo que os digo esta noche: os amo.

Colette era verdaderamente seductora; pero parecía más fácil en admitir requiebros que aquella á quien ella llamaba su hermana. Su encanto era de esos que agradan á los libertinos y les atrae. Pertenece al género vivaracho.

Juana debía inspirar profundas pasiones; Colette violentos caprichos.

—No perdais vuestro tiempo y el nuestro en discursos inútiles—dijo Colette—y vamos á dar una vuelta por el foyer.

—Con mucho gusto. Pero haceis mal en ser tan severa. ¡Ya cambiareis!

—¡No lo creo!

—¡Lo vereis.

Germana estaba, cogida del brazo del conde de Fresneuse, paseando por entre la multitud. Sus ojos registraban los grupos de paseantes como si hubiera querido descubrir á alguno.

Urbano Salvador se cruzó con ella hablando en voz baja con Colette, quien movía ligeramente la cabeza.

Juana les seguía pensativa, deslumbrada por el resplandor de las lámparas y el esplendor de aquel salon regio que veía por primera vez.

Su mirada se encontró con la de Germana.

Hubo entre ellas un cambio de simpatía.

Simpatía quiere decir sufrimiento compartido.

La madre leyó en los ojos de su hija una especie de dolor latente, de desprecio de todo, apenas reprimido, ese cansancio de la vida que parece ser patrimonio de las criaturas sin familia, pérdidas en medio de extraños é indiferentes, pájaros caídos del nido á los que la pluma maternal no ha calentado jamás.

La señorita de Roye hizo un movimiento instintivo para acercarse á aquella niña antes tan aborrecida, ahora tan adorada, á quien deseaba tanto volver á ver y que pasaba á dos pasos de

ella, al alcance de su mano. No tenía más que estenderla para tocarla. Y de pronto se vió separada de ella.

Colette, siempre del brazo de Urbano Salvador, acababa de volverse y decía con viveza:

—¿Vienes, Juana?

Se oía el preludeo del cuarto acto.

La morena aprovechó esto para separarse de su enamorado.

—De modo que no—dijo éste reteniendo el brazo que ella trataba de separar.

—No—dijo secamente Colette.

Hizo un esfuerzo, se separó del Brasileño y se alejó con paso rápido llevando de la mano á Juana.

Urbano quedó un momento inmóvil mirándolas, é interiormente pensó:

—Te será preciso modificar tu manera de pensar, y antes de lo que crees.

Y despues de un momento de reflexion.

—¡Es igual, qué deliciosas queridas harian; sobre todo la otra!

Urbano se perdió entre los últimos grupos de los paseantes.

El foyer y las galerias estaban vacias.

Apenas si se veía ya en los pasillos de los palcos, otra cosa que algunas colas de saten que barrían los mosaicos al ondular sobre ellos.

El conde de Fresneuse y Germana volvian despacio hacia su palco.

Ya no estaban más que á algunos pasos de la puerta, cuando Roberto de Beaulieu, destacándose de la pared, sobre la cual estaba apoyado, avanzó á su encuentro.

Tenia una palidez mortal.

—Señora—dijo á Germana,—quisiera hablaros.

—¿A mí?...

—¡A vos!

Germana se irguió con cierta vivacidad.

—¿Qué podemos tener que decirnos?—preguntó.

—Escuchadme, os lo ruego.

—¿En dónde?

—En el *foyer*. Estaremos solo allí.

Germana dudó un segundo; pero el aspecto de aquella cara trastornada y de sus ojos encarnados, brillantes por el fuego de la fiebre, en los cuales se leía una ardiente súplica, la movió á compasión.

—Venid—le dijo.

Y dirigiéndose al conde de Fresneuse, que se alejaba discretamente, añadió:

—Hasta luego.

Atravesaron en silencio la galería que domina la gran escalera, y entraron en el *foyer*.

La luz de las lámparas estaba baja.

Roberto condujo á Germana al lado de una de las vastas chimeneas del fondo, le indicó una butaca y se sentó á su lado.

La emoción le oprimía la garganta. Estuvo un instante sin hablar.

Los sonidos de la lejana orquesta llegaban hasta ellos.

Germana fué quien rompió el silencio.

—Dos palabras solo—dijo.—Nuestra situación es bastante ridícula y bastante penosa, para que evitemos todo paso que se preste á comentarios. Deseáis hablarme. Aquí me tenéis, ¿qué queréis?

La voz de Germana era breve. Hablaba sin levantar los ojos sobre aquel hombre á quien había amado, á quien tal vez amaba aun.

—Germana—dijo el vizconde, esforzándose—os he amado muy apasionadamente. ¡Y ese amor ha aumentado con nuestras desgracias! Os amo aun más hoy...

—¡Me amabais! Era preciso habermelo probado. Había exigido de vos una sola promesa, ¿la habéis olvidado?

—No.

—No la hicisteis más que para violarla.

—¡Lo sé! ¡Perdí la razón! ¡Os creí culpable!

Germana se irguió.

—¡Decid, pues, que no la creéis ya! ¡Atrevéos á decirlo!—replicó ella vivamente.

—Yo no sé ya lo que creo y lo que no creo,—dijo Roberto con voz apagada.—¡Todo lo que sé es, Germana, que os adoro y que muero de desesperación por haberos perdido!

—¡Palabras! ¡Yo vivía en un grave error! ¡Había supuesto que me conocíais lo bastante, vos mi amigo de la infancia, para no dar fé á las mentiras del primer impostor que me acusara ante vos de engaño, de cobardía, de infamia!

Roberto cerró los ojos.

—¡Culpable!—dijo,—¿quién no lo hubiera creído!

—¡Por qué no me interrogásteis vos! Me hubiera costado mucho, es cierto, pero os hubiera confesado la verdad, esa verdad que trataba de ocultar, en efecto, para evitaros á vos una amarga pena, á mí una vergüenza. Hoy es demasiado tarde. ¿Para qué volver sobre un pasado que no puede renacer?

—Escuchad, Germana; yo no quiero, lo mismo que vos, volver sobre ese pasado, mirar atrás. Mientras que habeis estado ausente de mí, he intentado olvidar. Creí que encontraría en mi gran orgullo fuerzas para resistir al deseo que me impedía hácia vos, para obedecer á mi padre, cuyo rigor no me hubiera perdonado el que así lo hiciera despues del horrible escándalo de nuestra separación. Os he vuelto á ver. Todas mis resoluciones se han desvanecido. Lo que yo he sufrido, lo que me han costado esos esfuerzos, ¿quién podría deciroslo? No estoy en la vida más que por un hilo. ¡Y no son las heridas que he recibido las que me tienen á dos dedos de la tumba! ¡Qué son estas heridas al lado de la incesante tortura que me agobia al pensar en vos, en nuestros sueños de la juventud, en el doloroso reflejo de una felicidad perdida! ¡Si muero lentamente, es por esa herida del alma que ningún médico puede curar! ¡A pesar de la evidencia que os condena, á pesar de las pruebas de una falta que tratáis en vano de ocultar, dudo!... ¡Infame, os hubiera olvidado

¡El desprecio mata el amor! ¡Yo me digo que sois incapaz de una bajeza, de una mentira! ¡Me destrozo el cerebro contra un misterio desconocido, como un loco contra las paredes de su celda! ¡En fin, no quiero callaros nada! ¡Es sin duda envilecerme, pero aun cuando fuérais culpable, os amo lo bastante para olvidarlo! ¡Vuestra belleza me hacía insensato! ¡Vuestro amor me hace cobarde! ¡Veinte veces he querido ir hacia vos! ¡El honor me ha retenido! ¡Sufría horriblemente y no tenía valor para suicidarme! ¡No sé qué fuerza desconocida me retenía! ¡No sé qué vaga esperanza me quedaba en el corazón! Cuando estalló la guerra, creí que ella sería mi salvación, intenté hacerme matar, como había intentado un día matar á vuestro amante.

—¡Mi amante!—murmuró Germana.

—¿Qué es, pues? Muerto él, sólo yo hubiera conocido vuestro secreto. No hubiera tenido que avergonzarme ante el hombre que os ha poseído, y hubiera comprado el derecho de perdonaros una hora de extravío ó de debilidad. La suerte se volvió contra mí en el duelo como delante del enemigo. Las balas no han querido mi vida cuando iba con alegría á ponerme delante de ellas. He vivido, á pesar mio. Miradme, Germana, y vereis cómo. ¡Hoy estoy á punto de perder la paciencia y el valor! Pensaba al venir aquí que la tumba es el olvido, el reposo. Habéis aparecido ante mí y quiero vivir aún. Enfrente de vos, todos mis deseos, todos mis recuerdos se reavivan. Me parece que en vuestras manos tenéis mi salud, mi fuerza y mi razón, que por momentos se extravía. ¡Vos podeis salvarme! ¡Al volver á ver vuestro franco rostro, al mirar esos limpidos y castos ojos, me digo lo que me he repetido cien veces: que en el fondo de esa siniestra aventura hay un punto que se me escapa, y de rodillas es como os pregunto la verdad, Germana, la verdad!

Germana replicó casi con dureza:

—¡Así debisteis hablar en otro tiempo!

—¡Germana!

—¡Y además—añadió Germana— aun cuando yo confesara esa verdad, vos no la creeríais!

Ella estaba, sin embargo, emocionada por el acento de aquella voz tan profundamente conmovida.

Pero mientras que Roberto hablaba, estaba distraída; apenas si comprendía sus palabras: pensaba en el dulce y melancólico rostro de la joven rubia que tanto le había interesado.

¡Su hija debía ser así!

Su instinto así se lo advertía.

Y no era ya el amante de otros tiempos quien tenía el don de conmovérsela, el privilegio de hacer vibrar toda la ternura que encerraba su alma; era el otro amor, el que profesaba á su hija, corazón de su corazón, sangre de sus venas.

Su hija existía, estaba segura de ello. De otro modo Santiago de Brandes se hubiera apresurado á causarla algún dolor peor aun que los que había sufrido hasta entónces.

¡Su hija vivía!

¿Qué otro sentimiento podía despertarse en ella, mientras fuera presa de las angustias que la dominaban, angustias que apenas podía disimular á las miradas de los indiferentes, por mucho que fuese su orgullo?

¡El amor! ¿Es que el amor piensa siquiera en esto?

¡Los dolores de los demás! ¿Qué eran los dolores de los demás en comparación de los suyos?

—¡Roberto!—dijo Germana dulcificando la voz á fin de atenuar el golpe—no creais que soy insensible á vuestras penas. Comprendo lo que habeis debido sufrir y os perdono vuestras sospechas; vuestras dudas, por injustas que sean, os las perdono porque no podíais saber... ¡No os equivocais, hay un misterio en mi vida! Si me hubieseis interrogado entónces con franqueza, á pesar de la vergüenza que me causaba, os lo hubiera dicho todo como á un confesor, como á un juez, y me hubierais perdonado porque hubierais comprendido que mas que culpable era



digna de lástima y no tenía necesidad de ser perdonada. ¡Hoy, aunque os dijera que soy víctima de una fatalidad, que pesa también sobre vos, aun cuando os jurara que soy inocente!, ¡aun cuando pusiera a Dios por testigo! ¡Para qué servirían esas declaraciones! ¡Aun cuando yo os afirmara que al intentar ocultar las consecuencias de un crimen, ¡entended bien esta palabra!, de un crimen, defendía a la vez mi honor, el vuestro, vuestro reposo y nuestro porvenir, no conservaríais las más vivas, las más mortales desconfianzas por nuestra felicidad? ¡Si, las apariencias estaban en contra mía! ¡Herida por una calamidad, inmerecida, me atrevo a decirlo, me repugnaba rebajarme á confidencias que hubiesen manchado mis labios y que me hacían temblar de cólera! ¡Fuerte en mi inocencia, creí tener derecho á arrojar un velo sobre el atentado de otro y mi propia desgracia! Quería conoceros á vos mismo, y pensaba, que después de haberme seguido paso á paso desde mi infancia, me apreciaríais lo suficiente para no juzgarme sin oírme. ¡Os plugo condenarme! ¡Cuando me acerqué á vos me rechazásteis!... Permanezcamos ahora cada cual en su lugar.

El vizconde bajó la cabeza abrumado por aquella condenación.

—Hablais de vuestros sufrimientos, Roberto, dijo Germana.—¡Qué diríais de los míos si los conociésteis! ¡Habeis perdido una mujer que os hubiera hecho la vida agradable, que al menos lo hubiera intentado! ¡Yo he perdido más aun!..

—¿Qué queréis decir?

—He hablado ya demasiado. Dejadme con mis sufrimientos, y no intentéis reunir lo que nuestra mala estrella ha separado... ¡Sería en vano!

Y como le vió vacilar y á punto de desfallecer, añadió con cierta ternura llena de compasión.

—¡Por ahora al menos!

El rostro de Roberto se animó.

—¡Ah, Germana!—la dijo—dadme una esperanza y volveré á la vida.

Germana se levantó.

—Tengo una misión que cumplir—le dijo—un deber sagrado para mí. Ante ese deber, todo lo demás desaparece á mis ojos. ¡Tened valor! ¡Yo soy una mujer y lo tengo! Y ahora separémonos.

—Creed—añadió tendiéndole la mano—que yo no os quiero mal... Os compadezco. ¡El mal es irreparable! ¡Adios!

Germana se alejó con su andar de reina.

Roberto quedó abrumado en su butaca.

—¡Ah!—dijo pensando en aquella hermosa mirada, en aquellos ojos que penetraban en los suyos con el desearo de la inocencia, ¡cómo he podido dudar de ella!

Y el grito que había oído la siniestra noche en la casa de Brandes, le desgarró el corazón.

—¡Qué luz!—pensó.—¡Ha hablado de un crimen, tiene razón! Yo estaba allí, cerca de ella, y no he podido defenderla!

En el momento en que Germana iba á salir del foyer, se volvió.

A la claridad de las lámparas, reanimada por el entreacto, el desgraciado Roberto creyó ver que Germana le miraba con tierna piedad; con el corazón palpitante esperaba á que volviera; pero Germana continuó su camino y entró en su palco.

En la escena, Margarita, extraviada escuchaba las imprecaciones de Valentin, herido por la espada de Fausto.

Los últimos compases de la orquesta resonaban bajo los dorados artonados del salón, y el telón cayó, mientras que Siebel llevaba consigo á Margarita enloquecida.

La señorita de Roye dirigió de nuevo sus gemelos de nacar rosa hácia el palco Cernay.

Hubo un movimiento en aquel palco.

Una doncella, en la que se podía reconocer á Justina, se presentó en la puerta, llevando al brazo unos abrigos.

La hermosa rubia y su compañera parecía que abandonaban con sentimiento sus asientos; pero era preciso obedecer.

La señora anciana pasó al salón seguida de las dos jóvenes.

Y cuando el telón se levantó y aparecieron en la escena las montañas del Hartz, el palco estaba vacío.

El corazón de Germana se contrajo dolorosamente. La parecía que la arrebatában algo suyo.

Su visión acababa de desvanecerse.

## V

## Un fin.

Los cambios no son buenos para los ancianos. Les sucede como a los árboles viejos que se trasplantan.

Se mueren.

Si Colette y Juana habían abandonado con gran sentimiento el espectáculo antes de concluirse, había sido porque la señora que las acompañaba sintió un malestar repentino.

Pero acostumbradas, desde hacía mucho tiempo, a una estricta y pronta obediencia, habían obedecido sin murmurar.

Su juventud no era precisamente feliz. Su protectora las había recogido, tanto por protegerlas, como por procurarse una distracción y tener compañía.

Estaban, pues, en una situación intermedia y, por consecuencia, falsa.

No eran ni amas ni criadas.

Estas son las peores situaciones, las situaciones en que son frecuentes y más vivas las heridas que se causan al amor propio.

La señora Chambly no era, sin embargo, de mal carácter.